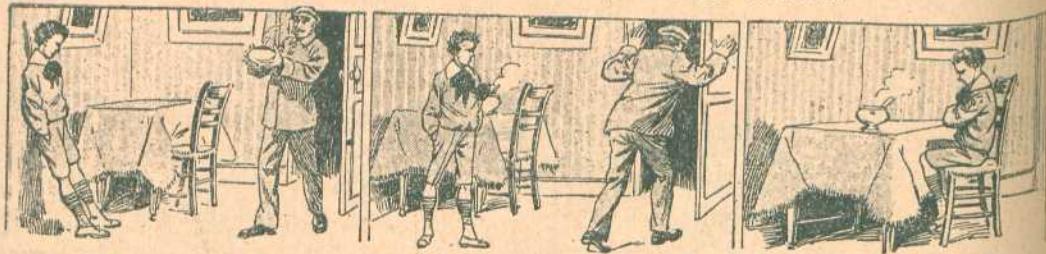


Páginas infantiles

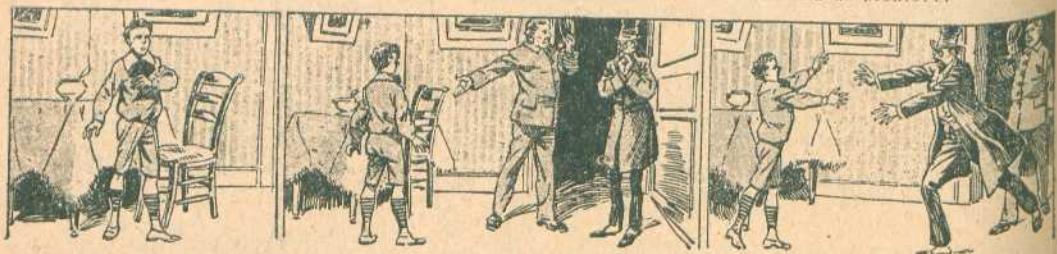
El aeroplano fantástico. — La cúpula de los Inválidos



Un guardián se presentó con una sopa húmeda, y sin miramiento alguno le dijo a Tintín, mirándolo como si fuera un animal raro: "Aquí tienes la comida, pequeño miserible."

Y después de dejar la sopa sobre la mesa se fué refunfuñando: "¡Ocho años y atreverse a manejar una locomotor! ¡Qué nene!" Tintín tenía bastante hambre, acercó una silla y comió lo poco que le habían traído.

Cuando terminó se puso a pensar. ¡Qué le pasaría después! El guardián le dijo que habían telegrafizado a su padre. El tren llegaría a las once de la noche; la puerta que tenía en frente abría de pronto...



Aparecería su padre y después... ¡tendría un mal cuarto de hora! Las horas se deslizaban monótonas. En sus oídos zumbaban las últimas palabras del desconocido: "Hasta la noche".

Un reloj cercano dio once campanadas. "El tren llegó a la estación", pensó Tintín. Pasó un cuarto de hora, después sintió voces, pasos precipitados resonaron en el corredor. "Por aquí, señor", dijo la voz del guardián... Y la puerta se abrió. Un hombre apareció en el dintel. Era el preceptor de Tintín.

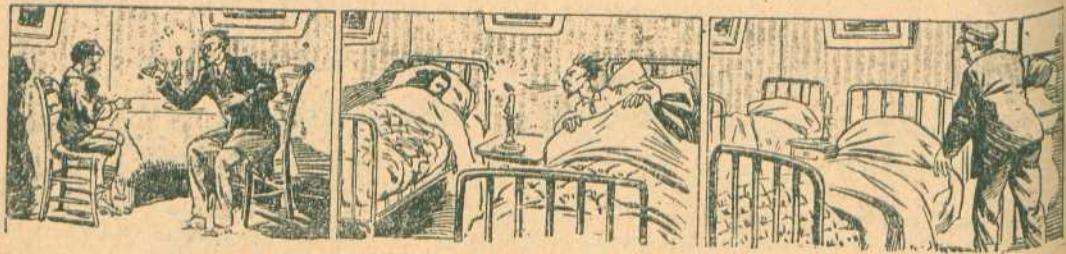
El señor Bueno, hombre muy digno del apellido que lleva, corrió hacia Tintín, lo miró, lo palpó, lo volvió hacia la izquierda, luego hacia la derecha y sin poder contener las lágrimas exclamó: "Es él... es él... es mi pequeño Tintín."



"Qué locura has hecho! ¡Qué tienes dentro de la cabeza! Marchaste solo en una poderosa locomotora! ¡Es increíble!" El señor Bueno había soportado más de una vez las diabluras de Tintín.

En aquel momento se sentía grandemente conmovido. Tintín lloraba abrazado al cuello de su maestro y el guardián que asistía a tal escena no pudo reprimirse, sacó un enorme pañuelo a cuadros...

Y se fué llorando desconsoladamente. Poco minutos después volvió y dirigiéndose al señor Bueno, dijo: "Visto la hora avanzada, me envía el señor alcalde para que les ruegue se queden a cenar y a dormir aquí; se les arreglarán dos camas para que pasen la noche y mañana partirán a la hora que gusten."



El señor Bueno dió las gracias y el guardián los dejó solos. "¡Y mamá!" — preguntó Tintín tímidamente — "Nuestra señora madre está pasando bastantes penas: tuvo que guardar cama y nuestro señor padre viene a su lado; por eso vine yo a buscarte."

Tintín bajó la cabeza y se puso a llorar. "Vamos, vamos" — dijo el señor Bueno — "no llores más, mi pequeño Tintín y prometeme ser mejor en adelante" — "Oh sí!" — lagrimeó Tintín. Comieron y como había que descansar se acostaron poco después. El señor Bueno apagó la luz y la pequeña habitación quedó sumida en la sombra.

A la mañana siguiente el guardián se quedó como el que ve visiones, cuando al acudir a la habitación la encontró completamente vacía. La ventana del cuarto estaba a diez metros del suelo. Los huéspedes habían partido, pero ¿por dónde?